

3er COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO

Mesa 9. "Lecturas Transversales, 2" Jueves 13 de noviembre, 10:30 horas

Leonardo Martínez Carrizales
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
Departamento de Humanidades

POPULISMO Y NOVELA CORTA: SALDOS LITERARIOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Emilio Rabasa fue uno de los hombres de letras más distinguidos en el siglo XIX por virtud no sólo de su influyente obra como historiador y teórico del Derecho Constitucional, sino también de su concentrada y no menos influyente incursión en la narrativa realista. Tanto en sus tareas como editor periodístico en *El Universal* como en sus empeños de narrador, Emilio Rabasa fue uno de los mediadores más notables entre la comunidad literaria de México y el realismo narrativo practicado por la generación de Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Pedro Antonio de Alarcón, Leopoldo Alas y Juan Valera. Entre el jurisconsulto y el narrador hay vasos comunicantes por donde circula el reconocimiento de un actor social emergente en la estructura política de México: el pueblo.

En 1912, con motivo de su obra jurídica más conocida, *La Constitución y la dictadura*, Rabasa escribió lo que copio a continuación, cuando la caída del régimen del general Porfirio Díaz y el inestable gobierno que le sucedió, el encabezado por Francisco I. Madero, habían demostrado que el orden social de México sufriría transformaciones muy considerables.

Todos los gobiernos están llamados a obedecer en época más o menos cercana a la influencia de los pueblos, y cada día la palabra *pueblo* se aproximará más a la significación de multitud. La influencia popular, que casi no cuenta por ahora, crecerá por ley ineludible y acabará por transformarse en voluntad soberana, y como para tal avance de la multitud no se necesita que ésta tenga la idea del deber y de la responsabilidad, sino sólo que alcance la conciencia de su fuerza, su advenimiento será la catástrofe para la nación si en las masas se han alimentado los prejuicios que las extravían y los fanatismos que las enconan.

Tal y como Emilio Rabasa lo vaticinara, el ascenso de las masas populares se impuso mediante la modificación forzada del orden constitucional mexicano en dirección contraria de los principios doctrinales del liberalismo y en beneficio de la autoridad suprema del Estado corporativo, diseñado con base en la relación de fuerzas sociales que la Revolución Mexicana determinó, sobre todo de índole agraria. Entonces se produjo un ajuste en el discurso de las minorías letradas próximas al nuevo Estado mexicano, con el propósito de asimilar en sus marcos de entendimiento el giro populista del país. Rabasa había narrado la *influencia popular* sobre el orden social de México en sus novelas; *La guerra de tres años* (1891), la novela que cierra el capítulo literario de su trayectoria intelectual, es una muestra acabada del interés, el detenimiento y la prolijidad con los cuales observó dicha influencia.

Las tradiciones agrarias de raíz prehispánica se revelaron en el primer periodo revolucionario con una fuerza inusitada; fuerza que queda inscrita en el orden constitucional mexicano de 1917 y que reverbera como una presencia inquietante en las ficciones narrativas de quienes en la estructura sociocultural del país habían sido habitualmente autorizados para encarnar el papel de autores literarios. La presencia inquietante del pueblo mexicano había dejado de ser un factor incidental o decorativo en la construcción simbólica del mundo que llevaban a cabo las minorías letradas, para convertirse en un elemento difícil de definir, de describir, de precisar, y, por ello mismo, atemorizante.

En el mismo periodo en que Emilio Rabasa sentenció que “cada día la palabra *pueblo* se aproximará más a la significación de multitud”, el embajador de Alemania en México, Hintze, escribió lo que sigue en uno de sus informes al káiser:

Detrás de la dominante personalidad de Díaz, [Lionel Carden, ministro británico en México] creyó ver entonces una nación unida, y se niega a ver que *bajo la gran sombra sólo existe la gris muchedumbre con la cual se forjará algún día una nación.*

La presencia de la *gris muchedumbre* que ha desbordado completamente los esquemas que la conciencia liberal le había deparado en su representación del mundo es la que anima –difusa, ominosa, atemorizante– la escritura de las novelas cortas de Xavier Icaza, un hombre de letras perteneciente a la primera generación de jóvenes constructores, y, por ello mismo, concedores del flamante aparato estatal de la Revolución triunfante. Tanto en “La hacienda” como en “Campo de flores”, novelas cortas incorporadas en el volumen *Gente mexicana* (1924), la intuición del mundo que se configura en estas obras se encuentra gobernada por un anuncio inquietante y desestabilizador que, representado gracias a diversos elementos de la trama, puede identificarse con el ascenso de la *gris muchedumbre* que anima la Revolución.

El espacio moderno que los sujetos letrados se esforzaron por construir durante los años 20 no puede desentenderse de la *gris muchedumbre* que termina por desestabilizar los atributos de aquél. El testimonio de dicha desestabilización es el motor de la narrativa breve de Xavier Icaza en *Gente mexicana*, plenamente inteligible en un periodo en el cual se exploraban las formas políticas que encauzasen esa tremenda fuerza desestabilizadora. El vaticinio ominoso que Emilio Rabasa había publicado en 1912 a propósito de “la catástrofe para la nación si en las masas se han alimentado los prejuicios que las extravían y los fanatismos que las enconan” se cumple en la perspectiva de Xavier Icaza. Leamos la escena final de “La hacienda”, en la que Óscar de Villalba, el exitoso, brillante, deportivo espécimen de la modernidad sucumbe ante Raúl Ferrás y los agraristas que lo acompañan:

Oscar había caído al pie de la ventana: su boca se hallaba contraída por la sorpresa; sus ojos, inmensamente abiertos, azorados de que pudiera realizarse tal horror. Su carne palpitante en vano se empeñaba en vivir; sus músculos de acero inútilmente palpitaban; su carne, los restos de su sangre vanamente bullían, ansiosos de vivir, aferrados a la vida tan fuerte que gozaron. Todo inútil, allí se quedó el hermoso y varonil Oscar, como un criminal o un desertor, herido por la espalda, sangrante la cabeza, convertido su cuerpo en horrible piltrafa.

El realismo de Xavier Icaza no será el instrumento más adecuado para representar a los nuevos agentes que el populismo mexicano quiere hacer visibles y normalizar en el repertorio de discursos literarios con que el país cuenta en la época. La inflexión populista

de la historia de México en el siglo XX había hecho visible para la ciudad letrada una experiencia de la vida humana que la mentalidad liberal del realismo sólo podía comprender como anomalía, desvío o catástrofe.

Sólo el pleno desarrollo político del populismo mexicano prohijará la configuración de ciertas formas verbales que servirán como matrices de comprensión y expresión de sujetos (y las acciones que le son pertinentes) especialmente estratégicos en el proceso de legalización del sentido del populismo. Me refiero al caudillo y a sujetos colectivos específicamente comunales, términos correspondientes y complementarios de un orden de la vida humana ajeno a los atributos de la profundidad emocional y sentimental expresada de acuerdo con los patrones del individuo, significativos en el ámbito liberal, y a las convenciones narrativas que le corresponden; ajeno también a los escenarios cerrados de la vida familiar, el amor romántico, la acumulación de riquezas, el pasado virreinal, la oficinas de la administración pública, el esparcimiento correspondiente al ocio que deja el trabajo moderno... No se trata de sujetos deficitarios, por así decirlo, pues no han de rectificarse por medio de su evolución a estados de desarrollo pleno como quería el liberalismo y la visión lineal y progresiva de sus narraciones explicativas del mundo. Se trata, en cambio, de sujetos en plenitud que articulan el orden comunal de la realidad mexicana.

Entre las más bellas representaciones literarias de estas figuras con que cuenta la novela corta en México se encuentra *Los fusilados*, de Cipriano Campos Alatorre, publicada en 1934. El pasado que se actualiza en esta novela corta desde el presente de la constitución corporativa del Estado mexicano corresponde a las últimas barridas que el carrancismo triunfante hizo durante su mandato constitucional de la expresión más radical del comunalismo mexicano, el zapatismo. Una expresión del comunalismo irreductible a las negociaciones con los emisarios de un mundo moderno que hacia 1918 y 1919 –fechas aproximadas del pasado histórico de la narración– no habían logrado formular acuerdos estables entre el poder del Estado nacional y dichas comunidades tradicionales irreductibles.

Los fusilados a los que hace referencia el título de la novela corta de Campos Alatorre corresponden a una partida miserable de zapatistas que se baten en retirada, perseguidos por una patrulla carrancista que despeja la zona de rebeldes. En toda la narración, los

perseguidos se muestran indiferentes al orden constitucional de la nación, como no sea el brazo armado que los persigue y que tarde o temprano habrá de capturarlos y fusilarlos. Esta condición inexorable atribuye una virtud trágica a este actor colectivo que se mueve en columna, perseguido, hacia su propia muerte.

Cipriano Campos Alatorre representa un pueblo pobre que en procesión se dirige a la redención de la muerte porque la tierra les ha sido arrebatada, así como también la promesa de su restitución –uno de los ejes del pacto populista de la constitucionalidad mexicana revolucionaria–. La integridad de esta procesión de muerte descansa, además de la tierra perdida y de las comunidades agrarias que les brindan soterradamente apoyo como indicio de la solidaridad de este orden comunal, en el caudillo ausente cuya autoridad absoluta radica no tanto en el lugarteniente que encabeza la partida como en su ausencia continuamente invocada en la figura de su hermano, Eufemio Zapata, y la promesa de encontrarse con él.

Las claves trágicas que embellecen la procesión de este pueblo pobre, despojado de sus tierras, *desterrado*, cuyo reino ya no es de este mundo, y la ausencia del caudillo cuya autoridad es absoluta, plena, se cubren de una religiosidad que evidencia la autonomía de esta comunidad humana, indisoluble. Entre la figura proteica del caudillo y la estela colectiva de la comunidad agraria se mueven las claves populistas de la narrativa literaria que la Revolución Mexicana obsequió a una nueva generación de minorías letradas.